



RETRATO DE UNA ÉPOCA DE ESPLENDOR ECONÓMICO Y MISERIA HUMANA

Negreros en La Habana

Berta Serra Manzanares revela en 'Los ojos del huracán' la implicación de los españoles en la trata de esclavos // La novela de aventuras recrea un oscuro pasado

ELENA HEVIA
BARCELONA

¿Cómo olía La Habana en el siglo XIX? ¿Cómo sonaba el trajín de sus calles y en qué forma lucía el esplendor de aquellas damas que se paseaban por el Paseo del Prado en esos coches de caballos de inverosímil altura que eran las volantas? Berta Serra Manzanares (Rubí, 1958) ha dado respuesta a todas esas preguntas en *Los ojos del huracán* (Anagrama), una novela de aventuras sobre los catalanes que se fueron a hacer las Américas que celebra el gusto por la lectura con buenas dosis de melodrama y peripecias. Pero tras esa cara brillante, sitúa la autora uno de los secretos más inconfesables que cimentaron

La autora despliega su imaginación en las calles de la capital cubana en un relato plagado de peripecias

el poder de la pujante burguesía catalana en el siglo XIX, la trata de esclavos. «No es que todos los indios fueran catalanes. Procedían de todos los lugares de España. El Marqués de Comillas, por ejemplo, era cántabro. Lo que sí ocurre es que todas las fortunas revierten en Barcelona en el momento en que la ciudad ha decidido tirar sus murallas medievales y expandirse».

Profesora de Lengua y Literatura Española en un Instituto de Terrassa, Serra encarna ese modelo de autor que trabaja en la oscuridad hasta que un premio le coloca bajo los focos. Fue con *El otro lado del mundo*, finalista del premio Herralde de Novela, un fresco histórico áfrico y ascético a la vez que, recu-

perando los recuerdos familiares de la localidad murciana de Lorca, tuvo una extraordinaria recepción. Dos libros más tarde, la autora, despliega su imaginación en La Habana de mediados del siglo XIX, donde se gestaron buena parte de las riquezas que allende el Atlántico harían grande a la ciudad de los prodigios.

Viaje a otra época

En esta ocasión, nada se le perdió en Cuba, no tuvo ni un triste pariente a quien consultar vivencias. La novela nació, por lo tanto, de su imaginación y de una profusa documentación que echó a andar cuando Serra situó en su despacho un mapa de La Habana del 1840. «Recuerdo que al principio no sabía ni cómo orientarlo.» Tras el plano vinieron las lecturas de Alejo Carpentier «que me regaló *La Habana*», la novela *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, y las intrigas de Leonardo Padura. Con ese bagaje desembarcó en la capital cubana para comprobar que entre la ciudad imaginada y la real prefería la suya: «En el fondo descubrí que la ciudad real no difería tanto de mi imagen mental. La Habana de hoy se cae a pedazos pero es fácil detectar su antiguo poderío».

Tras ese esplendor sostenido por una serie de personajes de los que Serra está enamorada «Horacio Inglés, un arribista que llega para vender avellanas y fuet y acepta la idea de que para hacer fortuna hay que ser negrero, o Ernesto Frasier, el norteamericano soñador arrastrado por la depresión y el opio», está la trata de esclavos: «Todo el mundo sabe que el origen de los negros en Cuba es la esclavitud, pero me sorprendió el profundo nivel de implicación. Los españoles fuimos los abastecedores de esclavos en los campos de algodón del sur de Estados Unidos y de eso apenas se ha hablado.»

ALBERT CERRAN



►► Profesora inquieta ► Berta Serra Manzanares, en mayo.